

rapacidad, la felonía y la impiedad de los malos lo han destruido. Recurriendo unas veces á la mentira y otras á la fuerza, engañando á los sencillos y violentando á los previsores, todas las sectas satanicas, uniendo sus esfuerzos, han logrado despojar al Soberano Pontífice de los recursos que le habian sido asegurados, de suerte que ahora le es absolutamente imposible proveer á las necesidades generales de la Iglesia, cómo lo hacia.

bles los desfallecimientos. Pero además de que la autoridad eclesiastica, dejada en posesion de gobernarse libremente, habria tenido remedio para todos los males, medios de reforma y de represion contra todos los abusos y delitos, cuál es la institucion que encontraria favor aqui bajo, si no fuera respetada más que con la condicion de estar exenta de todo defecto? Siempre hay que la Iglesia, dotada por la fé y la liberalidad de las edades precedentes..., y colocada en medio de todas las miserias, estaba en situacion de dar mucho más que no recibia! pudiendo asi, segun el deseo y la practica del gran apostol, evitar frecuentemente ser una carga, I. Cor. xi, 12; II. Cor. x, 8 y 9; I. Thess. ii, 7, y no poner obstaculo á la frecuentacion de sus templos y de sus misterios por tasas onerosas á los fieles. Y en cuánto á la autoridad suprema que rige al mundo cristiano, la misma soberania humana que le garantizaba su independencia espiritual, le aseguraba recursos en relacion con su dignidad y sus obligaciones sacerdotales y reales: de tál suerte que, mediante un concurso legitimo y moderado de la propiedad eclesiastica del resto de la cristiandad, el jefe de la Iglesia hacia frente á sus cargas de pontífice y de príncipe, sin gravar á sus subditos temporales en cuanto pastor espiritual del mundo entero, ni á los fieles del mundo entero en cuanto soberano de un territorio tál convenientemente aglomerado y tál perfectamente equilibrado que se bastaba exactamente á si mismo. « Son los siglos quiénes han hecho esto, habia dicho Napoleon I, y lo han hecho bien. » Esta frase es cierta, porque no quita á los pontífices, ni á los príncipes y á los pueblos cristianos, la parte de concurso que habian aportado á la obra del tiempo, y deja sobre todo á la accion divina la parte suprema y preponderante que le pertenece: *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris*. Esta es la obra del Señor, y es admirable á nuestros ojos. Ps. cxvii, 23. (El Cardenal Pie, loc. cit.)

Pues bien, debeis comprender perfectamente, cual es el objeto de Dinero de San Pedro. Esta obra há sido organizada para dar al Papa, bajo una nueva forma, los subsidios de que há sido despojado por sus enemigos y los nuestros, y de los cuáles necesita para gobernar la Iglesia. Mientras que durará el estado actual de cosas, el Dinero de San Pedro tendrá su razon de ser. No podrá ser abolido más que cuando el patrimonio de San Pedro habrá sido devuelto al Papa. Porque como los cristianos necesitan pan para vivir, aunque no sea el pan quien los hace cristianos; del mismo modo, aunque no sean los subsidios materiales quienes hagan la Iglesia, sin embargo, porque está compuesta de hombres, no podria continuar ni existir aqui bajo sin estos subsidios.

Ahora, para acabar de formarnos una idea completa de la obra del Dinero de San Pedro, nos resta por examinar cuáles son

II. — *Sus caracteres*. — Pues bien, á cualquiera que quiere pensar en ello un poco atentamente, el Dinero de San Pedro se presenta con este triple caracter, de deuda filial para los cristianos, de deuda social para todas las personas honradas, y de deuda patriótica para los españoles en particular.

El dinero de San Pedro es, en primer lugar, una deuda filial para todos los cristianos. Qué es en efecto el Papa para nosotros y para todos los fieles? Desde el principio del Cristianismo, el nombre que expresa mejor sus funciones respecto de nosotros, le há sido dado con una voz unanime: él es el Padre comun de toda la catolicidad. Todo lo que hace un padre por sus hijos, el Papa lo hace por todos los fieles. Es él quien nos engendra para la vida sobrenatural de la gracia por el santo Bautismo, puesto que, en la tierra, es el origen primero de toda funcion eclesiastica. Por la misma razon; es él quien nos confirma en la fé por la infusion del Espiritu Santo; es él quien alimenta nuestras almas con el pan divino de la Eucaristia; es él quien cura nuestros males con la aplicacion que nos há hecho de la Sangre del Redentor; es él quien nos instruye y nos guia por el camino de la salvacion por la voz de nuestros pastores y de todos los oradores sagrados. Cuántos bie-

nes no le debemos ! Sin él, la redencion seria como si no fuese, y la salvacion imposible. Pues bien, yo pregunto: desde que el Papa es nuestro primer padre en el orden de la gracia; desde que está entera y exclusivamente ocupado en procurar á la gran familia catolica todas las ventajas y todos los bienes necesarios para su dicha y para su salvacion, no es justo que nosotros le amemos con un amor filial? Si debemos amar á nuestro padre segun la naturaleza, que sin embargo no nos há dado más que la vida del cuerpo; no sentirémos tambien un tierno amor por el Papa, á quién debemos la vida inmortal del alma? Pero si amamos al Papa como á nuestro primer padre espiritual, permanecerémos indiferentes á sus necesidades? El hijo que no tendiera la mano á su padre caido en apuros y angustias, no sería con justicia tratado de hijo desnaturalizado? Pues bien el Papa está en la necesidad; victima de cobardes traiciones, há sido despojado del patrimonio que le servia para gobernar la Iglesia. No hay motivo fundado para contar con nosotros para que vayamos en su ayuda? Y nuestro amor filial á su persona sagrada no nos dicta que acudamos á su llamamiento, y que demos generosamente para el Dinero de San Pedro? ²

1. Quam malæ famæ est qui derelinquit patrem ! (Eccli. iii, 18.)

2. No es la del Papa la más augusta, la más conmovedora, cómo la más inmerecida de las augustias? Y la deuda que todo cristiano contrae frente á frente de ella no es una deuda del corazon? Si, una deuda tan apremiante y tan absoluta que no solamente las caprichosas exigencias de la vanidad ó del mundo, sino las necesidades mismas de la vida no podrian sustraeros. — Y no digais que exagero la doctrina en este punto: la copio de uno de nuestros grandes doctores, y no resisto á citaros sus propias palabras. — En un bello tratado de la limosna, Santo Tomás se pregunta si, para socorrer al pobre, se está obligado á tomarlo de lo necesario; y responde desde luego negativamente, porque, dice, privarse ó privar á su familia de las cosas necesarias para la vida, es atentar á su propia existencia ó á la de los suyos, lo que no está á nadie permitido. — Pero oid lo que el santo Doctor añade: « Exceptuo el caso, dice, en que se rehusaria lo necesario para ayudar

Deuda filial para todos los cristianos, el Dinero de San Pedro tiene por segundo caracter, el de ser una deuda social para todas las personas honradas. Porque es al Papa que la civilizacion actual debe lo que es; es el pontificado, es la religion de la cuál el Papa es el jefe, quién há libertado al mundo de las verguenzas y de los horrores del paganismo. Frecuentemente se oye á los moralistas deplorar con vehemencia los desordenes que afligen todavia á nuestra sociedad; sin embargo esta sociedad, con sus miserias y sus debilidades deplorables ciertamente, es un verdadero paraíso, si se la compara con el infierno de las sociedades paganas. No sabemos que, entre los antiguos Galos, la sangre humana corria á torrentes en honor de sus dioses crueles? No sabemos que, en este suelo que ahora pisamos, antiguamente los padres tenian derecho de vida y muerte sobre sus hijos, y los maridos sobre sus mujeres? No sabemos que, en esa Grecia antigua, reputada tan delicada y tan culta, las costumbres eran tan asombrosamente disolutas que me es imposible ocuparme de ellas en esta reunion? No sabemos que, este imperio romano tan ensalzado, cuando un senador moria de muerte violenta, se hacia perecer á todos sus esclavos, aunque fuesen en numero de veinte mil? No sabemos que la vida de estos desgraciados esclavos era tenuta por tan despreciable, que se les arrojaba por millares cómo pasto á los animales feroces y á los pescados de los viveros, ó que se les obliga á matarse los unos á los otros, en los téa-

á un personaje que fuera el sosten de la Iglesia ó del Estado; porque es laudable, cuando se trata de interés tan grave, de exponerse á todos los peligros, hasta el de la muerte. Y, en efecto, el bien publico aventaja al bien particular. » — Este texto no necesita ser comentado. Cuál es el hombre en el que se apoyan los destinos de la Iglesia, sino el Papa, sin el cual no hay Iglesia?... « Allí en donde está el Papa, allí está la Iglesia. *Ibi Ecclesia, ubi Papa.* » En la persona del Soberano Pontífice, socorremos á la Iglesia. Es ésta quién pelagra; es la Iglesia quién tiende la mano y quién nos pide la limosna. Por ella, debemos estar prontos á sacrificarlo todo, aun la vida; no rehusemos un óbolo! — (Mgr. De La Bouillerie, *Obras*, tomo 2, pag 327.)

tros y espectáculos, para divertimento del público? Pero han venido los Papas, y á fuerza de instruir á los pueblos y de hacerlos instruir; á fuerza de dar su sangre y su vida para resistir á la ferocidad de los malos, han acabado por purificar nuestras comarcas de estas abominaciones.

No es esto todo. Al propio tiempo que los Papas libertaban á la humanidad del yugo intolerable del paganismo, la dotaban de innumerables instituciones benéficas de enseñanza ¹. Ninguna institución de este género há dejado de ser fundada por ellos, ó por inspiración de la religión santa de la cual son los jefes. Si algunas raras instituciones análogas parecen tener otro origen inmediato, no deben menos su existencia á la Iglesia y al Papado,

1. Jamás poder alguno se há distinguido tanto cómo la Iglesia por la prudente distribución de los bienes terrestres. Durante quince siglos y más, el Papado no se há servido de las riquezas de que disponía más que para el bien general de la humanidad. Que se cuente, si se puede, las instituciones que há sembrado por todas partes, los establecimientos de caridad que há fundado y dotado, los magníficos monumentos de que há cubierto el globo. El Pontificado romano no há sido ése atesorador egoísta, censurado por Jesucristo, que es rico para sí solo y nó para Dios: *qui sibi thesaurizat, et non est in Deum dives*. Luc. xii, 21. Los sucesores de Pedro han comprendido y practicado las máximas de Pablo que ordena á los ricos *no estar engreídos por la prosperidad, no poner su confianza en el recurso inseguro de las riquezas, sino en Dios que nos suministra con abundancia lo que necesitamos; ser caritativos, hacerse ricos en buenas obras, dar facilmente y con gusto parte de sus bienes, amontonar un tesoro, y prepararse un solido fundamento para el porvenir, con el fin de adquirir la verdadera vida*. I. Tim. vi, 17-19. Nadie há cumplido mejor este programa que la dinastía pontificia. Ella invoca con altivez un pasado de diez y ocho siglos, exhibe las obras hechas, y pregunta á los hombres de este tiempo por cuál de sus obras quieren hoy ope- drearla y destruirla: *Multa bona opera ostendi vobis ex Patre meo: propter quod eorum opus me lapidatis?* Jean. x, 32. (El Cardenal Pie, loc. cit.)

porque son quiénes han dado la idea, aun cuando se las há creado para hacer de ellas maquinas de guerra contra el Pontificado y la Iglesia. Si, es preciso repetirlo y afirmarlo con energía, porque es la verdad: es á la Iglesia sola, es al Papado solo que la sociedad moderna debe todos los bienes de que goza. Y la prueba es que en todos los países, en donde los Papas no han podido todavía ejercer su bienhechora influencia, se vé continuar reinando la idolatría y la barbarie con todos sus horrores. El centro africano en particular, y muchas islas de la Océania están ahí para confirmarlo. En estos países, la carne humana no es más que una mercancía como otra, y los hombres son tratados ni más ni menos que como los animales, golpeados y maltratados segun el capricho de los amos. En cuánto á los países civilizados por los Papas, en donde su autoridad no es ya ahora reconocida, si se obstinan en su desobediencia y su cisma, con el tiempo acabarán por volver á caer en la antigua barbarie: la Turquía está en vías de suministrar-nos un ejemplo. Tán cierto es que sin el Papa no hay verdadera civilización posible; ó bien no se puede adquirirla, ó bien, si se há adquirido gracias á él, se la pierde al separarse ¹.

1. Se engaña mucho, cuando se imagina que Jesucristo há dado sencillamente una religión á la tierra. Al instituir su religión, há réinstalado el mundo social. Desde Jesucristo, la sociedad no tiene otras condiciones vitales, que las que saca del Cristianismo. Es preciso que sea cristiana bajo pena de perecer. Si ella rechaza los principios cristianos, si abjura de las verdades cristianas, cae en los más locos errores; si ella sacude el yugo de la moral de Jesucristo, se entrega á todos los desordenes de la carne. Y lo que constituye el poder y la esencia misma de la sociedad cristiana, es la alta autoridad moral que la gobierna; y esta, á su vez, no se ejerce más que en cuánto es libre é independiente. Hé aquí porque toda esta magnífica formación de la sociedad cristiana, que há sido la obra de los siglos, no há llegado á su completo desarrollo más que con la independencia de los Soberanos Pontífices. Se diría que, desde los primeros tiempos, la historia se amolda á todas las exigencias que le impone la

Pues bien, puesto que la sociedad debe á los Papas el sér lo que es, puesto que ella les debe todos los bienes de que disfruta y que sin ellos acabaria por penderlos, no es evidente que el Dinero de San Pedro, destinado hacer posible su gobierno, es una deuda social, que cada hombre honrado desea pagar, no menos por reconocimiento que por interés? Que los malvados, que los impios, que los ladrones y los asesinos, que todos los que se insubordinan, de una manera ó de otra, contra el orden ó nuestras leyes, no dén nada para el Dinero de San Pedro, lo concibo, puesto que quisieran precisamente destruir lo que esta Obra tiene por objeto conservar. Pero en cuanto á las gentes de bien, no hay uno solo que no deba hacerse un deber de ser generoso para el Dinero de San Pedro, puesto que, obrando así, satisface una deuda de reconocimiento por el pasado, y se asegura contra decadencia del porvenir ¹.

independencia de los Papas. Ella nos muestra al primer emperador cristiano alejandose de Roma, y los Papas apoderandose de esta ciudad por el doble ascendiente del genio y de la virtud; despues, poco á poco, todos los pueblos acostumbRANDOSE á saludar á Roma, cómo la capital de su comun imperio; por ultimo, el gran emperador de Occidente, Carlomagno, haciendo colocar en el trono de los soberanos la majestad pontificia. — Es sobre todo á partir de esta época que la cristiandad es compacta y poderosa, que se afirma más claramente, y que réasume al mundo civilizado. — Se puede asegurar sin temor, que si la predicacion de la palabra partiendo de la cathedra de Pedro há extendido por la tierra la religion de Jesucristo, es el poder pontificio, supremo y libre, quién há hecho á la cristiandad; es él quién há hecho pasar á nuestras leyes, á nuestras costumbres, á nuestras instituciones toda la savia del espíritu cristiano; él, en una palabra, quien há creádo el conjunto de nuestro estado social; y como ninguna, desde Jesucristo, es viable más que á condicion de ser cristiana, se puede decir con toda verdad, que el poder del pontífice-rey es la base esencial del edificio social. (Mgr. De La Bouillierie, *Obras*, tomo 3, pag. 252.

1. La razon natural nos dice que el que está encargado de los intereses generales de la muchedumbre, debe ser ayudado con el bien de

Por ultimo, para nosotros Españoles, en particular, el Dinero de San Pedro es una deuda patriótica. Es decir, que hay para nosotros un deber imperioso en sostener con nuestras liberalidades al Pontificado, para mantenerle fuerte y respetado, no haciendo por él más que lo que há hecho por nosotros.

Conclusion. — Cristianos, hé aqui cuál es el objeto y cuáles son los caracteres de la Obra del Dinero de San Pedro. Su objeto es suministrar al Papa los subsidios de que necesita para el gobierno general de la Iglesia, remplazando los recursos que encontraba en el Estado pontificio, pero de los cuáles há sido despojado por los agentes del diablo. Sus caracteres principales son el de una deuda de amor filial para los cristianos, una deuda social para todas las personas honradas, y una deuda nacional para los Españoles en particular. Así es que el Dinero de San Pedro debe ser colocado en primera linea entre las buenas obras. Porque, por un lado, se impone á nosotros por nuestro triple titulo de cristianos, de gentes de bien y de Españoles: de suerte que es imposible encontrar excusas valederas para eludir sus llamamientos, como sucede muchas veces que se las alega para no oír los de otras obras. Y por otro lado, la prosperidad de esta obra asegura la de las demás: porque si nada pone obstaculos en su accion al gobierno central de la Iglesia, la vida cristiana adquiere en todos los fieles una actividad que aprovecha á todas las obras; mientras que estas vegetan y languidecen, cuando el Papado está más ó menos impedido para comunicarles en su plenitud el influjo vital ¹. Mostrémosnos generosos al llamamiento que se nos dirige. Al

todos, para que pueda hacer lo que interesa é importa á la salvacion comun. (S. Thom. *Summ. theo*, 2, 2, q. 87, a. 4, ad 3.)

1. La Obra del Dinero de San Pedro es la más principalmente necesaria en el momento actual, aun por interés de todas las demás. Estas no reciben el impulso y el movimiento de la santa Iglesia romana, que es el corazon del mundo catolico? Si se manifestára alguna turbacion ó solamente malestar en el centro de la vida comun, todas las demás instituciones caritativas languidecerían muy pronto y acabarían por

dar nuestra ofrenda para las necesidades de la Iglesia, acordémosnos que se trata del cuerpo místico de Jesucristo; y permanezcamos muy persuadidos de que, si el cielo está prometido á cualquiera que dará un vaso de agua á un pobre, con más poderosa razon será concedido á los que habrá asistido á Nuestro Señor mismo, en la persona de su augusto Vicario. Asi séa.

PARA LA CONSTRUCCION O RECONSTRUCCION DE UNA IGLESIA

INSTRUCCION UNICA

Ventajas que resultan de la construccion de una iglesia :

I. Para Dios. — II. Para los hombres. — III. Para los constructores.

Cristianos, tengo que hablaros de un asunto que nos interesa y nos preocupa á todos, desde hace mucho tiempo. Seria imposible aplazar más este proyecto, á causa de los graves inconvenientes que podrian resultar, y há llegado el momento de ejecutarlo. No tenemos que vacilar, porque es una cosa decidida. Lo que es preciso hacer en este momento, es mirar, no á derecha ni á izquierda, ni menos atrás, sino resueltamente adelante, para disponernos á hacer frente á las cargas que nos incumbirán. Ciertamente, estas cargas serán pesadas, y de nada servirá disimularnoslo. En efecto, podemos considerarnos como estando, en cierto modo, al principio de una compañía, cuyo termino sabemos que será dichoso, pero que no pedirá menos de nosotros muchos esfuerzos y sacrificios. Es por lo que será bueno animarnos todos reunidos para cumplir

secarse y perecer, como las plantas privadas de la savia que sacan de una tierra fecunda. (Mgr. Guibert, Arzobispo de Tours. *Pastoral para el Dinero de San Pedro.*)

con resolucion con nuestro deber, cada cuál segun sus medios. A la verdad, puesto que la reconstruccion de nuestra iglesia es indispensable, esto solo podria bastar para hacernosla éjecutar. Pero estoy persuadido de que vosotros la reédificaréis con mucha diligencia y contentamiento, cuando conoceréis las ventajas que resultan de la construccion de una iglesia : 1° para Dios ; 2° para todos los hombres en general ; 3° para los constructores en particular. Es de esta triple clase de ventajas resultantes de la construccion de una iglesia que voy á hablaros ¹.

1. Ad quid ædificentur templa. — I. Ædificantur, ut in illis Deo sacrificium offeratur. In restitutione sacrificii missæ elegit Christus : *Cænaculum grande stratum*, Marc. xiv. Ejusmodi autem cænacula sunt templa, quasi tecta ampla dicta, secundum Isidor. Decet enim, ut tam tremendum et angelis obstupescendum sacrificium non nisi in magnifica et ad hoc deputata æde fiat. Quod si in veteri lege præcepit Deus pro sacrificio illo typico construi tabernaculum idque sumptuosissimum, Exod. xxv vetuitque sub pœna mortis sacrificari extra illud, Levit. i. quanto æquius est, ut verum et unicum sacrificium Agni immaculati, Christi, in ejusmodi offeratur tabernaculo, quod in eum finem splendide extructum sit ? Etenim nos : *Habemus altare*, inquit apostolus ad Hebr. xii. *de quo edere non habent potestatem, qui tabernaculo deserviunt.* Judæis ideo præcepit Deus ad ostium tabernaculi solummodo sacrificare, non extra in aliis locis, ob periculum idolatriæ, ne Judæi cum gentibus in locis et montibus idolis immolarent. At paris periculi erat, si sacerdotibus concederetur passim extra templum in ædibus privatis, aut alibi sacrificium offerre ; quia id nei cum debita majestate, nec absque crebis irreverentiis et sacrilegiis fieret. — II. Ut in iis sacramenta administrantur. Sunt enim quasi officinæ præstantissimæ pharmacorum cœlestium quæ nobis donavit, et confecit sanguine suo Christus. Hæc autem si passim extra Ecclesiam in ædibus quibuscumque absque necessitate dispensarentur, procul dubio vilescerent ; nec tam commode omnibus impertiri possent. Habent civitates suas quasdam publicas officinas, in quibus panes et carnes omnibus prostant : domum senatoriam, in qua negotia civilia pertractentur. Multo autem majoris necessitatis et utilitatis sunt sacra : templo igitur indiget eorum dis-